

tuida ¿quién tiene la culpa? . . . Yo tal vez, pero yo me disculpo con la sociedad que exige hipocresía, maneras y riqueza; que à mí solo me admitirá tal vez si la busco; pero que en compañía de una muger á quien habia señalado, me hubiera repudiado. . . .

Sin embargo; María lo sacrificó todo por mí ¿por qué no lo he sacrificado todo por ella? . . . El desprecio con que me humillan, el desden con que me atormentan ahora otras mugeres superiores á mí, no es mas que la justa venganza de mi ingratitude, de mi debilidad, de mi vileza. . . .

Quien sabe tambien si en algunos momentos no sentia yo tambien un impulso de regocijo maligno, al acordarme de Luisa, cuya perfidia vengaba yo en María.

Esta es la guerra interminable del fuerte y el débil; el hoy y el mañana de la rueda de la fortuna. Si el corazon no desconfiara à fuerza de desengaños; si no se corrompiera con el mal ejemplo, podria hallarse la dicha en la reciprocidad de los afectos.

Pero á mí me engañó Luisa, yo debia buscar una víctima á mi venganza. Víctimas que se sacrifican sin voluntad y teniendo que acallar los remordimientos. No es la intencion si no las circunstancias; llora uno con el martirio que causa, pero aprieta hasta matar, porque ese es el destino, eso es lo que hacen todos, eso es lo que exigen los caprichos, las leyes del mundo.

V.  
PARA DESPUES.

Setiembre.

Visitaba yo entre otras personas á una familia compuesta esclusivamente de una serie de niñas, tradicionalmente doncellas, aunque la mayor tenia ya cerca de treinta años; la menor no llegaba á catorce, y por todas eran seis la hermanas. Huérfanas enteramente, vivian de una pequeña herencia que su padre les habia dejado, y que apenas les bastaba para vivir honradamente, en aquella mediocridad que tiene algo de filosófico, algo de ridículo y mucho de lamentable.

Es decir, cada niña tenia un túnico, un tápalo, unos zapatos para salir los dias de fiesta, vestido que tan pronto como volvian de la calle, se limpiaba, se doblaba, se guardaba con la mayor curiosidad para prolongar sus dias. Despues de uno ó dos años de uso, se le echaba al túnico un nuevo dobladillo, se mandaba reteñir el tápalo y entonces ya quedaba para ocasiones menos solemnes, hasta que por fin, cuando ya no se percibia el dibujo de



la muselina, quedaba dedicado al servicio diario, y se hacia durar milagrosamente, con prolongadas rejas y curiosos surcidos.

Solo los domingos se comia una pieza de fruta barata en la mesa, solo los domingos se abria la ventana y se gastaban ocho ó diez cuartos en una golosina. . Porque ya se sabe que los buenos cristianos pobres, reconcentran todos sus placeres en el domingo: en ese dia salen aunque no sea sino á misa; ese dia se toca un poco la guitarra, se sale al balcon, se merienda, se pasea por la luna. Los dias de trabajo son de tristeza, de encierro, de privaciones.

Entre los rasgos comunes y hereditarios de todas estas niñas se contaba su virtud y su fealdad: fealdad característica de las mugeres sin gusto, sin mundo, sin educacion, que solo saben rezar y guisar el puchero. Fisonomías originales y antipáticas; talles encogidos y lisos; manos de disciplina. Sus virtudes, muy positivas, eran de aquellas que no tienen luz ni fragancia, que esterilizan el talento, empañan la imaginacion y hasta pervierten los afectos. Maneras torpes; lenguaje fastidioso y vulgar. ninguna gracia, sino la del bautismo.

Si no hubiera yo creído en la reciprocidad de las influencias moral y material, ahora tenia en los ojos tal prueba, que me hubiera decidido á creer. El carácter de estas mugeres estaba sembrado por toda su habitacion; le daba un barniz tan empañado como el de sus caras, un aspecto mezquino como

el de sus fisonomías, una irregularidad estraña como la de sus talles ridiculos.

No habia en los muebles ni suciedad, ni desorden, ni descuido; habia lo que en ellas, una vejez anticipada, un arreglo forzado, una distribucion inesplicable. Así como su organizacion estaba gastada por las privaciones, su alma apocada por los escrúpulos y su educacion era ripiosa á fuerza de ignorancia; así las mesas habian perdido la tersura trasparente del barniz, y tenian solo la lisura del frote diario y violento; los cojines de las sillas estaban lustrosos despues de haber perdido el pelo del tejido; las puertas no ajustaban bien sin estar rotas; en las paredes no habia polvo, pero estaban los frisos amarillentos y descoloridos.

Solo en el lugar donde Angela se sentaba á coser habia un tapetito limpio, una silla nueva! sus almohadas siempre tenian un moño de liston coquetamente prendido; y entre los tiestos del corredor se distinguia la macetita de loza donde ella cultivaba un geranio de olor.

Yo era el santo para quien se cuidaba aquella ofrenda. Angela, que defendia su geranio contra todo el mundo, siempre me daba una hojita para que aspirase su aroma, ó una flor sola, nunca un ramito. Eran tan pocas las flores que daba su arbustito débil como ella, que para prolongar los regalos tenia que metodizarlos, y habia calculado tan bien su vida, que las iba arrancando para ofrecerme las ántes de que se marchitase sobre la planta.



Contra la costumbre de todas las mugeres que hablan español, tenían estas una biblioteca que entre tomos trunco, y almanaques tendria treinta volúmenes; biblioteca era esta cuya heterogeneidad me complacia siempre que la ecsaminaba—La estrangeira de Arlincourt, los Mártires de Chateaubriand, Feijoo, Temporal y eterno, Manual de cocina, Lavalle, calendarios.... Todo esto colocado en uno de los entrepaños de la alacena que servia de despensa.

La ecsistencia del Lavalle y el Manual de cocina bien se lo prodrá esplicar cualquiera; pero las novelas ¿quién las leia en aquella casa que bien podia llamarse un convento?

La hermana menor, Angela, es una niña de 13 años; blanca, de ojos claros, y con un pelo suave como la seda, rubia como el oro, pequeña de estatura; delicada, esbelta, y llena de gracia y flexibilidad en todos sus movimientos: cuando habla se sonrie con una espresion seductora; sus ojos siempre están claros y lucientes como si acabase de llorar: su voz es suave y melodiosa; sus manitas tienen una ternura de raso. Angela, en fin, recogia toda la belleza moral y material que les faltaba á sus hermanas.

Ella era quien leia las novelas que yo mismo solia prestarle, ó algun otro de los muy pocos que las visitaban. Por cierto que si las hermanas mayores hubieran sabido lo que eran y el efecto que producian aquellos libros en el corazon de la hermana

se los habrian prohibido; pero ignorantes acaso hasta de lo que es una novela, cuando mas solian quejarse de que Angela descuidaba los quehaceres comunes por leer, ó le reñian cuando la miraban llorar con uno de aquellos libros que la tenían melancólica y retirada dias enteros.

Seria dificil encontrar el origen de aquella inclinacion á tal especie de lectura; la casualidad tal vez puso en sus manos el primer libro, y tal pudo ser ò tal impresion produjo que fijó su deseo. Hay organizaciones delicadas, impresionables como la sensitiva, que al mas ligero contacto son sensibles; y la imaginacion de una niña que entra en la juventud es ardiente, inquieta; fácilmente se deja llevar de las imágenes que la lisonjean.

Angela vivia encerrada, sin visitas, sin mundo, sin sociedad, sí, pero esos libros le habian enseñado que mas allá de las silenciosas paredes de su casa habia otra ecsistencia activa, brillante, placentera.... que ella no podia gozar sino leyendo. Así permanecia los dias y noches, devorando uno de aquellos cuentos, donde el pincel del poeta embellece hasta los crímenes, y hace volar á las mugeres prendidas de gala y rodeadas de una corte de amantes.

¿Por qué yo no tengo uno? diria Angela: ¿por qué no soy rica? ¿soy acaso ménos bella ó ménos digna que alguna de esas otras mugeres que veo pasar desde mi ventana, y que vivirán cercadas



de fausto y de placeres, como las que miro retradas en estas historias?...

¡Oh! cuantas veces la infeliz Angela se veria en el pobre espejo de su cuarto, y lloraria de despecho viendo sus ojos lindos, su seno blanco, su talle gentil, encarcelados en una prision, adonde no penetraba ni el ruido de las fiestas en que se regocija el mundo.

Con aquella educacion escepcional no podia participar de los áridos y vulgares goces de sus hermanas, y vivia por consiguiente casi separada de ellas, siempre sola en su cuarto, de donde no salia sino para asistir á las reuniones de familia indispensables. Las otras muchachas la acusaban de ceñuda y mal humorista, pero ignorando el motivo real de su tristeza, no podian remediarlo; y ántes bien, la ligera burla y los epigramas que solian decirle por su *romanticismo*, por su sensibilidad importuna, la martirizaban, obligandola muchas veces á reprimir sus lágrimas, su melancolía, sus dolores. ¿La habrian comprendido aun cuando se hubiera quejado?...

Hay dolores, por otra parte, que sufridos en el misterio y la tranquilidad del olvido adquieren un tinte tan suave, un aroma tan delicado, que suelen conversirse en placeres esquisitos á que se habitúa el corazon.

Este es en compendio el retrato de Angela, á quien la falta de vida, de aire y de luz habia descolorado las mejillas y marchitado la tez. Podia

compararse á una de aquellas rosas brotadas en invierno, en cuyo corazon se ve todavia el tinte fresco y nacarado de sus hojas, miéntras los bordes están ya amarillos y tostados por la escarcha. Era, en fin, una de aquellas niñas delicadas y nerviosas que á fuerza de imaginar se consumen, á fuerza de sufrir refinan su sensibilidad; niñas que sentadas junto á un hombre, si una rodilla tropieza por casualidad ó se les toma una mano, se estremecen involuntariamente.

Era muy natural que yo gustase mas de la conversacion y compañía de Angela que de la de sus hermanas; y ella, que seguramente me encontraba ménos necio que los otros dos ó tres jóvenes que solian visitarlas, tambien me distinguia. Platicabamos de todo, principalmente de novelas; conmigo consultaba las dudas que se le ocurrian para comprender algun pasage ó alusiu histórica; haciamos comentarios sobre el mérito de los autores (¡pobres!...) y filosofamos sobre el amor y el sentimentalismo. Era preciso tambien que Angela hubiese llegado á ser mi confidente.

Siempre que iba á verla y despues que me saludaba, me preguntaba por María. Cuando hablabamos de ella solia decirme conmovida:

—Amela, vd., amela siempre... debe ser muy icfeliz una muger enamorada que se ve olvidada por su amante...

Pero me decia esto con una espresion tan tierna, tan sentida, que lo achacaba yo á pura imita-



cion del language novelesco que habia aprendido en los libros.

No sé por que motivo le habia yo callado mi rompimiento con Maria: siempre me preguntaba por ella, y siempre le respondia yo como ocultandole la verdad. Al fin, un dia que estaba distraido le respondí á su pregunta habitual con un—No sé—que la sorprendió.

—¿Cómo no sé?... .

—Si, he quebrado con en ella—respondí con indiferencia.

—Me alegre....;ah! no....

Al decir—me alegre—sus ojos habian lucido como dos estrellas; pero inmediatamente bajó los párpados y pronunció avergonzada las últimas palabras.

Su vergüenza duró algunos dias en que estuvo conmigo encogida, callada, límida; mudanza que yo noté, y que atribuyéndole un origen demasiado lisongero para mí, procuré estudiarla para descubrir la verdad. Pero mis observaciones fueron todas estériles; despues de una ó dos semanas volvimos à recobrar nuestra antigua familiaridad, y se me olvidó aquel pasaje, que me hizo bien dulce impresion.

Ella siguió encerrada en su recámara leyendo sus novelas, y yo seguí visitandola y dando pábulo á la voracidad de su imaginacion, contodolo mas romántico y estrafalario que en mis manos caia.

Y aun no termina esta historia: como las otras tiene su desenlace, que llegará cuando sea tiempo

VI.

NARCISA.

Diciembre.

En la infancia se contraen ciertos hábitos, se crian ciertas afecciones, que mas ó ménos vivan hasta la muerte.... Para comenzar un capítulo no está malo el accionar; y si todo lo mas que dijere es tan cierto, ya podia decirse esta historia con mas intencion que los artículos de la fé. Sin embargo, poco ha de distar de la verdad, y esta es la razon por que lo escribo.

En nuestras niñeces eramos amiguitos inseparables Narcisa y yo: unas veces ella me ayudaba à decir misa con mi capilla; y á bebero el vino ó à comer la fruta que podiamos escamotar de la despensa; otras le ayudaba yo à arreglar su casa de muñecas, ó à quebrar un juguete; y no pocas tardes corríamos juntos por el prado, persiguiendo á un pájaro que intentabamos cazar, ella con su chal y yo con mi sombrero; concertando despues entre los dos la espiacion que habiamos de dar cuando